

sus casillas blancas y negras. La conclusión a que le conduce esta operación es que el objeto de sus conquistas no es sino «la tesela de madera en la que posa cada pieza: un emblema de la nada»³⁵.

El paralelo con el tablero de ajedrez no hace sino reflejar la predilección por la «exactitud», por las formas geométricas, por las simetrías, por las series, por las combinatorias, por las proporciones numéricas del propio Calvino. Se trata de explicar lo escrito en función de «la fidelidad a la idea de límite, de medida»³⁶, medida que es también posible síntesis, modelo y prototipo de la ciudad ideal.

Kublai construye en su mente «un modelo de ciudad, de la cual se pueden deducir todas las ciudades posibles». Esa ciudad encierra todo lo que responde a la norma. Todas las ciudades visitadas por Marco Polo no serían sino excepciones a esa norma, al modelo previo que figura en el atlas del Gran Kan: las «tierras prometidas» visitadas en el pensamiento, aunque todavía no hayan sido descubiertas o fundadas: la Nueva Atlántida, Utopía, la Ciudad del Sol, Océana, Tamoé, Armonía, New-Lanarck, Icaria.

Ciudades de la utopía, confrontadas en la memoria del futuro a Cuzco, México, San Francisco, Amsterdam, Nueva York y Kyoto-Osaka, ya trazadas en el atlas que despliega Kublai Kan, aunque «ni los geógrafos saben si existen y dónde están» (p. 149). En el juego sutil entre la memoria de Marco Polo y el futuro con el que sueña el Gran Kan, la pregunta de Kublai parece obvia: «Tú que exploras en torno y ves los signos, sabrás decirme hacia cuál de estos futuros nos impulsan los vientos propicios».

La respuesta del viajero está hecha de dudas y fragmentos de tiempo y espacio, porque una ciudad perfecta está hecha de trozos de diferentes ciudades, pero también de instantes separados por intervalos variables. Por lo tanto, el viaje que conduce a ella es discontinuo: no se puede trazar una ruta en el mapa, ni fijar la fecha de llegada.

«La ciudad te seguirá»

Marco Polo cree que cuanto más se pierde en barrios desconocidos de ciudades lejanas, más entiende las otras ciudades que ha atravesado para llegar hasta allí, como si avanzara con la cabeza vuelta hacia atrás y su viaje se desarrollara sólo en el pasado o como si, aun buscando algo que está delante, el pasado cambiara a medida que va hacia el futuro. Porque «el pasado del viajero cambia según el itinerario cumplido» (p. 38) o se distrae «con un nuevo itinerario para ir a los mismos lugares» (Smeraldina, p. 100). La memoria del futuro guía sus pasos, ya que en realidad, «cada hombre lleva en la mente una ciudad hecha sólo de diferencias, una

³⁵ La referencia aparece en *Las ciudades invisibles* (p. 135) y es recogida con la variante arriba citada en *Seis propuestas* (p. 86).

³⁶ *Idem* p. 83.

ciudad sin figuras y sin forma, y las ciudades particulares la rellenan» (Zoé, p. 44).

Por ello, adivinando un posible itinerario secreto de las ciudades descritas, Kublai Kan pregunta por qué Marco Polo no habla jamás de Venecia, a lo que éste confiesa que «cada vez que describo una ciudad digo algo de Venecia», porque en definitiva «para distinguir las cualidades de las otras, debo partir de una primera ciudad que permanece implícita» (p. 98), aunque sospeche que al hablar de otras ciudades está perdiendo poco a poco a su ciudad natal.

Marco Polo viaja en realidad en la memoria. «Para soportar una carga de nostalgia has ido tan lejos!», le dice el emperador, añadiendo con sarcasmo: «¡Con la bodega llena de añoranzas vuelves de tus expediciones! Magras adquisiciones, a decir verdad, para un mercader de la Serenísima» (p. 110).

Aunque «la forma de las cosas se distingue mejor en lontananza». Marco Polo sospecha sin saberlo —como escribe Cavafis en su famoso poema «La ciudad»— que aunque uno se diga «Iré a otra tierra, iré a otro mar» y que «otra ciudad ha de haber mejor que ésta», no se hallarán nuevas tierras ni nuevos mares, ya que «la ciudad te seguirá. Vagarás por las mismas calles. Y en los mismos barrios te harás viejo; y entre las mismas paredes irás encaneciendo», porque «siempre llegarás a esta ciudad»³⁷.

Una ciudad interiorizada con tanta intensidad puede llegar a convencer al viajero de que nunca ha salido del jardín de la casa de su infancia, en la que finalmente puede reducirse un mundo. Como escribe Borges en *Fervor de Buenos Aires*:

Mi patria —Buenos Aires— no es el dilatado mito geográfico que esas dos palabras señalan; es mi casa, los barrios amigables, y juntamente con esas calles y retiros, que son querida evocación de mi tiempo, lo que en ellas supe de amor, de penas y de dudas³⁸.

El mismo Marco Polo, al volver a Venecia tras su largo periplo en Oriente, intentó sintetizar en el espacio de su hogar familiar recuperado la «evocación de su tiempo». El viajero podría resumir sus peripecias en un deseo de quedarse, como hace el joven narrador de *El vizconde demediado* de Calvino al afirmar: «Pero las naves ya estaban desapareciendo en el horizonte y me quedé aquí, en este mundo nuestro lleno de responsabilidades y fuegos fatuos»³⁹.

Pero, como todos sabemos, «este mundo nuestro» lleno de «responsabilidades y fuegos fatuos», está lejos del escapismo que pueden procurar los viajes o los sueños.

Revelación que encierra una duda sobre el sentido que pueden tener el ejercicio narrativo de la memoria de Marco Polo y las propuestas utópicas

³⁷ «La ciudad» en *Poesía completa de Cavafis*, Madrid, Alianza Tres, 1982, p. 45.

³⁸ Por otra parte, en *Buenos Aires el mismo Borges asegura que «Antes yo te buscaba en tus confines / Que lindan con la tarde y la llanura (...) / Ahora estás en mí. Eres mi vaga / suerte, esas cosas que la muerte apaga»*, Obras completas, O.C.

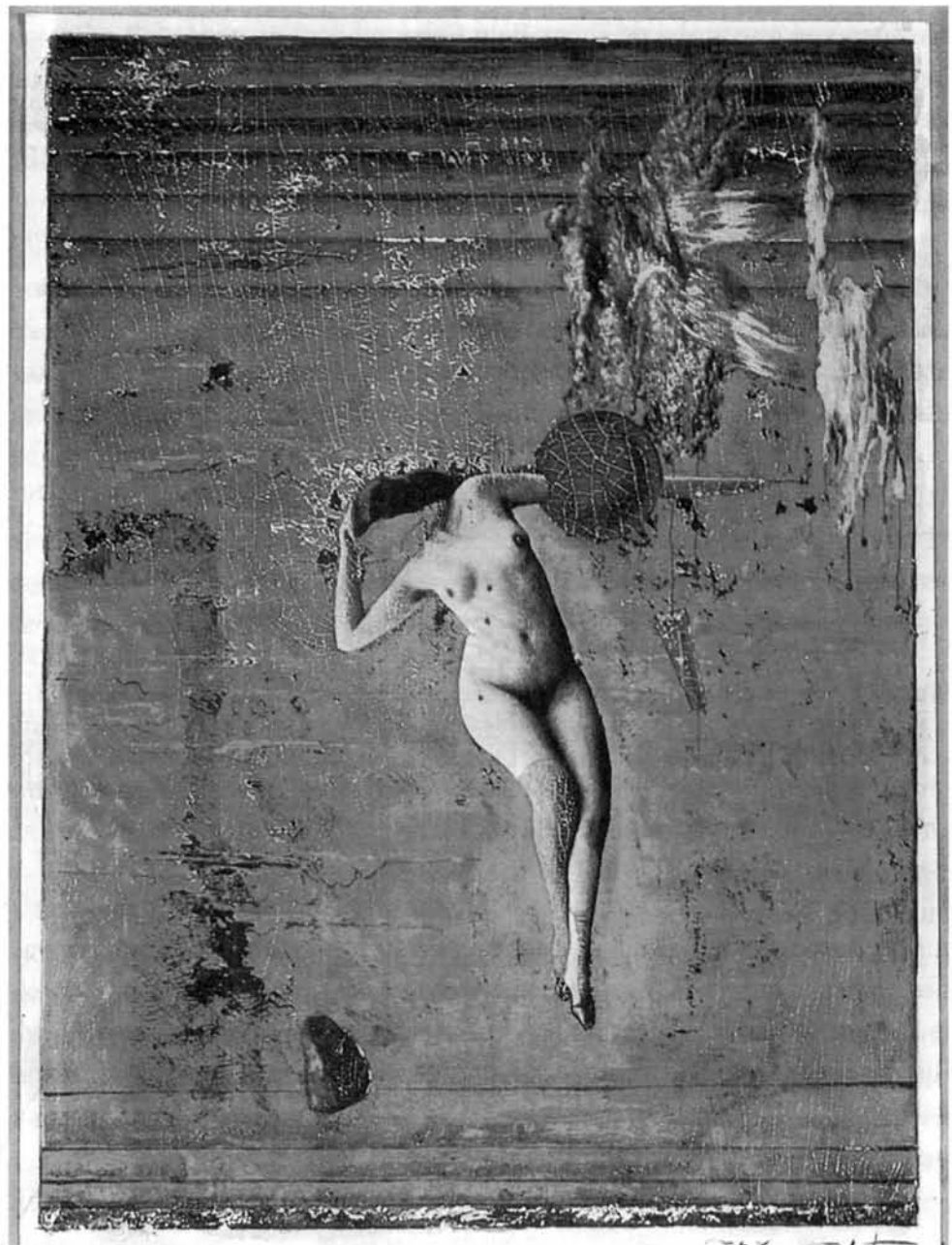
³⁹ *Italo Calvino, El vizconde demediado, o.c. p. 160.*

de Kublai Kan. Se trata de saber —como se pregunta finalmente el Emperador— si el diálogo entre ambos, no es más que un diálogo entre dos harapientos apodados Kublai Kan y Marco Polo, que revuelven un basural, amontonan chatarra oxidada, pedazos de trapo, papeles viejos y ebrios con unos pocos tragos de mal vino, ven resplandecer a su alrededor todos los tesoros del Oriente.

Resplandecer que anunciaría un terrible despertar a la evidencia de que la «serie de sueños» sobre palacios y ciudades de que hablaba Borges en *El sueño de Coleridge*, ha terminado. La clave estaba, en efecto, en el último sueño: el que acaba de soñar Italo Calvino.

Fernando Aínsa





Max Ernst:
La puberté proche...
Les pléiades, (1921)

La puberté proche n'a pas encore enlevé la grâce tenue de nos pléiades / Le regard de nos yeux pleins d'ombre est dirigé vers le pavé qui va tomber / La gravitation des ondulations n'existe pas encore